

B3138

56

V. I

1818



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

Imp. del Suc. de J. Cruzado á cargo de Felipe Marqués.
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.445.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN.

Me propongo indicar aquí cómo hay que leer este libro para comprenderle lo mejor posible. El fin de mi obra es dar á conocer un pensamiento único. Con todo, á pesar de mis esfuerzos, no he podido exponerlo más brevemente, y he necesitado todo este volumen. Tengo la seguridad de que ese pensamiento es lo que se ha buscado durante tanto tiempo con el nombre de filosofía; lo que los sabios versados en la historia de la ciencia consideraban tan imposible de hallar como la piedra filosofal, aunque Plinio había dicho ya: *Quam multa fieri non posse, priusquam sint facta judicatur?* (Historia Natural, 7, 1.)

Según el punto de vista desde el cual se mire el pensamiento que voy á exponer, se hallará en él lo que se llama *Metafísica*, ó bien la *Ética*, ó bien la *Estética*, y ciertamente debe ser todo esto, si es lo que yo me figuro, como he indicado ya.

Un sistema de pensamientos debe tener siempre un encadenamiento arquitectónico, es decir una disposición tal, que una parte del edificio sostenga á otra por la cual no está sostenida, que los cimientos sostengan todo lo demás, sin apoyarse ellos en parte alguna, y que la techumbre descansa sobre el resto sin servir de apoyo á nada. En cambio, un pensamiento único, por vasto que sea, debe conservar unidad perfecta. Si, para comuni-

carle más fácilmente, se le descompone en varias partes, la relación entre ellas será orgánica, es decir, de tal naturaleza, que la parte sostenga al todo al mismo tiempo que en él se apoye; ninguna parte será la primera ni alguna la última; en fin, el conjunto del pensamiento estará aclarado por cada una de sus partes, y cada parte, por pequeña que sea, no podrá ser comprendida si antes no se comprende el conjunto. Mas un libro necesita tener una primera y una última línea, y en este sentido se diferencia siempre mucho de la forma de un organismo, cualquiera que sea la semejanza que pueda tener con ella en el fondo. Por consiguiente, habrá contradicción entre la forma y el fondo.

En este supuesto, es evidente que para comprender bien mi pensamiento, no hay otro recurso que leer dos veces el libro. La primera se necesitará mucha paciencia; por eso pido al lector que crea, bajo mi palabra, que el principio supone el fin, casi tanto como, á la inversa, el fin supone el principio, y hasta que cada párrafo supone el siguiente casi tanto como el anterior. Digo «casi,» porque esto no es, en rigor, absolutamente exacto. Pero he hecho concienzudamente cuanto me ha sido posible, para poner siempre primero aquello que tenía menor necesidad de lo siguiente para poder ser comprendido. En general, no he perdonado medio para ser claro y comprensible. Hasta podría figurarme haberlo conseguido, si el lector, en vez de pensar tan sólo en el sentido del pasaje que va leyendo, como es lo natural, no pensase también al mismo tiempo en las deducciones que de allí pueden sacarse. Esto es causa de que á todo cuanto contradice efectivamente las opiniones de la época, y hasta probablemente las del lector, vengán á agregarse todavía contradicciones anticipadas y aparentes. Se desaprobarán vivamente algunas cosas sin ver que, en realidad, se trata

de una equivocación; de que el lector no ha comprendido, aunque crea lo contrario, pues la claridad en la exposición y la precisión de los términos, cualidades que he alcanzado después de muchos esfuerzos, no dejan subsistir oscuridad alguna en el sentido inmediato de las proposiciones, aunque no pueden expresar al mismo tiempo su relación con todo lo demás.

Por esto decía antes que la primera lectura exige mucha paciencia; paciencia que habrá que sacar de la confianza en que á la segunda lectura todo ó casi todo se presentará al lector bajo un nuevo aspecto. Por otra parte, me he impuesto tal trabajo para hacer fácil y enteramente comprensible una materia tan difícil, que esto me hace acreedor á que se me perdonen las repeticiones en que á veces he incurrido. La disposición de mi libro, que es la de un organismo, y no la de un encadenamiento de deducciones, me obligaba de por sí á volver sobre temas tratados ya anteriormente. Esta misma disposición del libro, así como las estrechas y mutuas relaciones entre todas sus partes, no me ha permitido dividir el asunto en capítulos y artículos, división á la que hubiera dado gran importancia si me hubiese sido posible establecerla. He tenido que contentarme con cuatro grandes divisiones, que representan cuatro aspectos del mismo pensamiento. En cada uno de estos cuatro libros hay que evitar el apartarse del pensamiento principal por los pormenores indispensables al estudio, en que no he podido menos de entrar, y no se debe perder nunca de vista tampoco la marcha general de la exposición en su conjunto. He aquí la primera exigencia, tan necesaria como las siguientes, que debo proponer al lector malévolo. (Quiero decir malévolo para el filósofo, puesto que el lector mismo es un filósofo.)

La segunda exigencia es, que antes de leer el libro,

lea la introducción. Esta no forma parte del presente volumen. Se publicó cinco años antes con el siguiente título: *De la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente; disertación filosófica*. Sin el conocimiento y estudio previo de esta introducción es imposible comprender mi libro, que supone lo contenido en ella, como si estuviera colocada al principio de la actual obra. Si no se hubiese publicado algunos años antes, no figuraría aquí como introducción; se hallaría incluida en el primer libro, el cual privado del contenido de la disertación, adolece de ciertas imperfecciones y lagunas que he procurado remediar, remitiendo al lector á aquel escrito cada vez que ha sido necesario. Me repugna de tal manera copiarle ó repetir en otros términos lo que me ha costado tanto trabajo expresar por primera vez, que he preferido apelar á este otro método, aunque hoy hubiera podido exponer mejor el contenido de la disertación, expurgándola de ciertos conceptos tales como *categorías, sentido externo y sentido íntimo*, etc., nacidos de la preocupación, demasiado servil, que me inspiraba la filosofía kantiana. Con todo, si se deslizaron estos conceptos fué porque hasta entonces no los había estudiado de cerca, así que no ocupan más que un lugar secundario y no tienen relación alguna con el asunto principal. El lector, cuando conozca ya el presente libro, hará por sí mismo con el pensamiento las correcciones necesarias en los pasajes indicados de la disertación.

Únicamente después que se haya comprendido por el estudio de ella, la naturaleza y el significado del principio de razón; qué materias están sometidas á su autoridad y cuáles no; que no es anterior dicho principio á todas las cosas y que el mundo no existe por virtud de él, como si fuera consecuencia ó corolario suyo; sino que el principio de razón no es más que la forma en que el sujeto

como individuo cognoscitivo conoce un objeto cualquiera para el cual es siempre condición previa el sujeto; sólo después de haberse penetrado de estas consideraciones se podrá asentir al método filosófico seguido aquí por vez primera, y que difiere totalmente de todos los sistemas anteriores.

Esta misma repugnancia á copiarle textualmente ó á repetir de otra manera y peor, lo que ya he dicho en otra ocasión como mejor pude, ha originado una segunda laguna en el libro primero de esta obra, pues he omitido cuanto se encuentra en el primer capítulo de mi tratado *De la vista y los colores*, cuya reproducción textual hubiera estado aquí en su lugar. Supongo al lector igualmente enterado de este opúsculo.

Debo formular todavía una tercera exigencia, que debería, en rigor, sobreentenderse tácitamente; pues lo que pido al lector es, que conozca la publicación más importante en filosofía que ha aparecido desde hace 200 años, y que es casi contemporánea: las obras principales de Kant. El efecto que producen sobre el espíritu que se penetra de ellas sólo es comparable, como se ha dicho muchas veces, al de la operación de la catarata en un ciego; continuando la comparación, puedo decir que mi fin ha sido suministrar á aquellos en quienes la operación ha tenido buen éxito, los anteojos conservativos necesarios á los operados de la catarata y para el uso de los cuales dicha operación es la condición primera. Pero aunque parto de las obras del gran Kant, el estudio serio de sus escritos me ha hecho descubrir errores graves que he tenido que separar y que mostrar que debían ser rechazados, para no admitir ni aplicar de su doctrina sino aquello que tiene de verdadero y perfecto, limpio de toda impureza. Mas para no interrumpir mi propia exposición y no hacerla difusa con una polémica demasiado repeti-

da con las ideas de Kant, he dejado esto para un suplemento especial. Por consiguiente, así como mi obra supone el conocimiento de la filosofía de Kant, supone también el de este suplemento, y hasta será útil empezar por leer el suplemento, con tanto mayor motivo cuanto que su contenido guarda estrecha conexión con el libro primero. Por otra parte, la naturaleza misma de las cosas ha hecho que de tiempo en tiempo no haya podido menos de referirme en dicho suplemento á la obra; de donde resulta que tanto el suplemento como el cuerpo del libro deben ser leídos dos veces.

La filosofía de Kant es, pues, el único sistema filosófico cuyo conocimiento perfecto es necesario para comprender lo que voy á exponer aquí. Pero si el lector está familiarizado con las lecciones del divino Platon, todavía se hallará mejor preparado para penetrarse de las mías. Y si además está iniciado en la sabiduría de los *Vedas*, cuyo acceso nos han abierto los Upanischads, entonces no le faltará nada para comprender fácilmente cuanto he de decirle. A mi juicio, el conocimiento de la literatura sanscrita es el mayor mérito que nuestro siglo, todavía joven, puede poner en parangón con los de los siglos pasados.

Tengo la convicción de que esta literatura ejercerá una influencia no menos profunda que la que ejerció en el siglo XV el renacimiento de la literatura griega. El lector que se haya empapado de la sabiduría india y haya sabido apreciarla, no será ajeno, ni tal vez hostil, á las concepciones que voy á someterle. Si no implicara demasiado orgullo de mi parte, pretendería que todas las sentencias aisladas y sin trabazón que componen los Upanischads puede deducirse como consecuencia de los pensamientos que yo expongo, aunque mis máximas no se encuentran en los libros sanscritos.

Pero me figuro ya á la mayor parte de los lectores agitándose llenos de impaciencia y deshaciéndose en recriminaciones, contenidas durante mucho tiempo, por la audacia que muestro al presentar al público un libro precedido de exigencias y de condiciones, de las cuales las dos primeras son presuntuosas é indiscretas, y esto cuando se publican anualmente, sólo en Alemania, tres mil obras bien compactas, originales y enteramente indispensables, sin contar los innúmeros escritos periódicos y los papeles diarios que hacen gemir á las prensas; en un momento en que, sobre todo, no se deja sentir la falta de filósofos originales y profundos, puesto que existen ahora en Alemania, sin ir más lejos, muchos más de los que antes hemos podido hallar en una larga serie de siglos. ¿Cómo atender á semejante tarea—se preguntará el lector—si la lectura de un solo libro me ha de costar tanto trabajo?

Como nada tengo que contestar á tales reproches, creo tener derecho á que me agradezcan los que así piensen el haberlos advertido á tiempo, á fin de que no pierdan ni una hora en ocuparse en el estudio de un libro, cuya lectura no puede ser fructuosa, sin atemperarse á las exigencias que he formulado. De no hacerlo, lo mejor es abstenerse completamente, con tanto mayor motivo, cuanto que se puede apostar algo bueno á que el libro no agradará á los más.

Está destinado á una corta minoría de personas; tranquilo y modesto, esperará hasta encontrar esos contados individuos á quienes una tendencia del espíritu, que no es la ordinaria, hará capaces de apreciarle. Porque sin hablar de las dificultades de la materia y de los esfuerzos que exige por parte del lector, en nuestros días en que hemos llegado á ese punto en que lo paradójico y lo falso parecen idénticos, ¿qué hombre ilustra-

do se avendrá á encontrar en cada página opiniones que contradicen directamente todo aquello que él ha admitido de una vez para siempre como verdadero y definitivamente resuelto? ¿Y luego, qué decepción tan desagradable para muchos no sería el no hallar aquí mención alguna de lo que precisamente creen deber buscar, porque el género de sus meditaciones filosóficas está conforme con el de un gran filósofo que vive todavía (1), el cual ha escrito libros verdaderamente conmovedores, y no tiene más que una pequeña debilidad: la de considerar como principios innatos del espíritu humano todo cuanto ha aprendido y admitido hasta la edad de quince años? ¿Quién podría soportar esto? He aquí por qué entiendo yo mismo que los que en tal caso se encuentren deben cerrar en seguida este volumen.

Temo, sin embargo, que no me absuelvan ni siquiera á este precio. El lector, que se encuentra con este desagradable prólogo, ha comprado el libro con su buen dinero contante, y preguntará quién le indemniza de lo que ha gastado. El último recurso que me queda es recordarle que un libro puede utilizarse de muchas maneras, sin que haya obligación de leerle. Puede, como tantos otros, llenar un hueco en su biblioteca, donde elegantemente encuadrado haría, sin duda, buen papel. O bien puede colocarle sobre el velador del té, ó sobre el tocador de su instruída y hermosa amiga. O, en fin, y esto es lo que particularmente le aconsejo, por ser preferible á todo lo demás, puede hacer la crítica de la obra.

Después de esta broma que acabo de permitirme—y en una vida tan engañosa, ¿qué momento hay bastante

(1) F. H. Jacobi.

serio para no consentir un instante de buen humor?—entrego seriamente mi obra á la publicidad con la convicción de que llegará tarde ó temprano á manos de aquellos á quienes está destinada, y tranquilamente resignado á verla sufrir la suerte que en toda rama de los conocimientos, y más que en otra alguna, en la más difícil de todas ellas, aguarda á la verdad, á saber: gozar de un breve triunfo entre dos largos períodos de tiempo, en que se la condena primero como una paradoja, y se la desprecia luego como una vulgaridad. El primero de estos destinos suele estar reservado también al inventor. Pero la vida es corta, la acción de la verdad se extiende á lo lejos en lo porvenir y su duración es larga: digamos la verdad.

Dresde, Agosto de 1818.